

mannequin

Cuando encontré por casualidad el maniquí erótico de mi marido creí que se trataba de una broma de mal gusto, me quedé atónita. La simple idea de imaginar a mi esposo aplacando su apetito sexual con una muñeca me produjo una extraña mezcla de risa y repulsión. Después de tantos años la rutina y la insatisfacción acabaron por extinguir el fuego, cierto. Pero hacerlo con alguien que no es de carne y hueso, ¿cómo podía saber lo que sentía ese pervertido?

No obstante, un fin de semana me quedé sola en casa y, aburrida, decidí experimentar con ella. Nunca pensé, ni por asomo, que un cuerpo inanimado pudiera desatar mis instintos más lascivos, encender mis fantasías más inconfesables, despertar mis deseos más reveladores. Fue definitivo. Un flechazo mutuo.

Ahora me siento viva, algo en mí ha cambiado. Él también se ha dado cuenta y me mira con recelo. El otro día me preguntó con quién estuve hablando cuando me encerré en el dormitorio, y a la mañana siguiente me encontré el armario revuelto y el cuarto de invitados patas arriba. Está perdiendo la cabeza, pero me he asegurado de que no vuelva a tocarla. Ella me prefiere a mí.

Todo ha salido a la perfección, según lo planeado. La policía acaba de salir por la puerta y no he levantado sospechas. Pobre infeliz. Ese sinvergüenza no estaba a la altura de su inteligencia.

Recostada en la cama, desnuda, contemplo fascinada su belleza abrumadora. Está igual de hermosa con la blusa como sin ella y debo admitir que es una maestra del crimen porque la idea del asesinato ha sido suya.